

**EDUCACIÓN Y SENTIMIENTOS EN CLAVE MORAL A LA LUZ DE LA
FILOSOFÍA DE JACQUES MARITAIN: UNA APLICACIÓN ACTUAL
(Juan Jesús Álvarez Álvarez.- Universidad Francisco de Vitoria)**

Como toda su filosofía, la pedagogía maritainiana tiene un carácter marcadamente humanista y personalista. En el sentido amplio en el que aquí la consideramos, educación significa para nuestro autor humanización, desarrollo pleno de las potencialidades humanas, cultivo de la naturaleza para que el individuo pueda remontar las cumbres del espíritu, de la cultura y de lo personal a las que está llamado como hombre. “El objeto de la educación, dice, es guiar al hombre en el desenvolvimiento dinámico a lo largo del cual va formándose en cuanto persona humana –provista de las armas del conocimiento, de la fortaleza del juicio y de las virtudes morales-, mientras que al mismo tiempo va enriqueciéndose con la herencia espiritual de la nación y de la civilización a la que pertenece”¹.

Esta caracterización implica, ya en primera instancia, reconocer la dependencia que la Pedagogía tiene respecto de la Filosofía, en particular respecto de una filosofía del hombre y de la vida. Esta es, sin duda, una de las ideas fundamentales sobre las que se estructura la filosofía educativa de Maritain: depende de una visión antropológica que la filosofía cristiana, en concreto el tomismo, le ha ayudado a perfilar. La idea cristiana de hombre, que para el filósofo francés es la idea verdadera, actúa en él de base sobre la que se ha de constituir una completa y sólida educación. ¿Cómo olvidar que el hombre es un espíritu encarnado, una persona individual (ontológicamente independiente) pero también social por naturaleza, y que se posee a sí misma por su inteligencia y su voluntad?

De acuerdo con esta concepción, aún podemos precisar más. Para Maritain, la educación tendrá dos fines propios: uno primario y otro secundario. “El fin primario es la conquista de la libertad interior y espiritual a la que aspira la persona individual, o, en otros términos, la liberación de esta mediante el conocimiento y la sabiduría, la buena voluntad y el amor”². La libertad de la que habla no es pura espontaneidad o energía autodeterminante, pues toda actividad espiritual es de por sí intencional y tiende a un objeto que la mide y regula. En nuestro caso, esos fines objetivos no son otros que el conocimiento de la verdad y el amor por el bien.

El fin secundario, en cambio, es de orden social y pretende “formar al hombre para que lleve una vida normal, útil y de sacrificio en la Comunidad, o, dicho de otro modo, guiar el desenvolvimiento de la persona humana en la esfera social, despertando y fortaleciendo el sentido de su libertad, así como el de sus obligaciones y responsabilidades”³. El bien común y una justa concepción de la autoridad se presentan ante nuestro autor como referentes ineludibles en este segundo plano.

Lo razonable, en consonancia con la unidad que las esferas personal y social conforman en el hombre, es que, aunque predomine el primero, ambos fines de la educación se armonicen y combinen equilibradamente. “Oponer la educación para la persona y la educación para la comunidad no es sólo vano y superficial; la educación para la comunidad implica en sí misma y requiere ante todo de la educación para la persona, y a la inversa, esta es prácticamente imposible sin aquella porque un hombre sólo se forma en el seno de una vida de comunidad en la que comienzan a despertar la inteligencia cívica y las virtudes sociales”⁴. Por eso, la educación del futuro “deberá poner fin a la discordancia entre la exigencia social y la exigencia individual, dentro del hombre mismo. Y, en consecuencia, deberá desarrollar a la vez el sentido de la libertad y el sentido de la responsabilidad, el de los derechos humanos y el de las obligaciones, el valor para tomar los riesgos que sean precisos y para ejercer la autoridad en pro del bien común y, al mismo tiempo, el respeto por la humanidad en cada persona individual”⁵.

Si esta educación pretende ser, además, una educación integral, no podrá desatender ninguna de las facultades y dimensiones estructurales del hombre. Atenderá tanto a su dinamismo intelectual como, en especial, al volitivo. Habrá, pues, una educación de la inteligencia y una educación de la voluntad; o, si no se quiere emplear un lenguaje clásico que implica una psicología de las facultades (con la que, no obstante, es perfectamente compatible), una educación del hombre en sus tres dimensiones estructurales y esferas de actividad: conocer, querer y amar.

Esta brevísima descripción de la filosofía de la educación de Jacques Maritain me parece que muestra con claridad el carácter eminentemente moral de su concepción, siempre que la moral se interprete tal cual es, es decir, con un sentido esencialmente positivo y proactivo respecto del hombre. La educación maritainiana, que es sobre todo una

formación para el “bien vivir”, tiene –como hemos visto- un carácter moral por su fin, pero también por su estatuto como saber. “La educación, -ha dicho nuestro autor-, es un arte, y un arte particularmente difícil. Sin embargo, pertenece por su propia naturaleza al dominio de la moral y de la sabiduría práctica. La educación es un arte *moral* (o, mejor, una sabiduría práctica en la que está incorporado un determinado arte)”⁶.

Las corrientes voluntaristas que hoy promueven en el ámbito educativo la libre expansión en el hombre de la naturaleza y de sus potencialidades naturales, han visto muy lúcidamente las debilidades de una pedagogía intelectualista y la “primacía de la moralidad, de la virtud y de la generosidad en la formación del hombre”⁷, pero, sin embargo, no parece que sus frutos estén resultando mejores que los de aquella: “los métodos que transforman la escuela en una especie de hospital (...) para infundir una buena conciencia cívica, -precisa nuestro autor-, pueden estar muy bien concebidos y ser psicológicamente perfectos, pero la mayoría de las veces, de ellos no resulta otra cosa que una decepcionante ineficacia”⁸. Si no estoy equivocado, el planteamiento maritainiano nos ilustra acerca del diagnóstico: el problema de la educación actual no radica en el orden pedagógico sino en el antropológico.

El hombre actual, en muchos aspectos, es fiel reflejo del tiempo en que vive y de esta realidad socio-cultural multiforme y a veces contradictoria que habitualmente denominamos como “posmoderna”. No nos debe extrañar, por tanto, que su mentalidad esté teñida de colores difusos y dibujada con trazos discordantes: sin darse apenas cuenta, pasa constantemente de la adoración de una razón reduccionista y excluyente de todo lo que no se pueda verificar o, por lo menos, rendir alguna utilidad práctica, a un atractivo acrítico por lo esotérico y lo paranormal. Es un hombre con mucha información pero con poco criterio propio para juzgarla y asimilarla. Ha perdido la ingenuidad y buena parte de su capacidad de sorpresa y admiración, cree saberlo todo y se siente capaz de dar una opinión sobre todo sin examinar si esas opiniones no obedecerán a prejuicios inyectados de los que no es plenamente consciente. Dice ser tolerante y, ciertamente, es permisivo con las conductas más diversas, pero, en cambio, presenta una cara mucho menos amable cuando se osa poner en duda su apacible nihilismo. Se trata de un hombre lleno de curiosidad, pero es una curiosidad que no va más allá de lo fenoménico, de las imágenes y de los símbolos, que no es apta para penetrar el envoltorio de una realidad que ha perdido peso ontológico.

La única salida que se ofrece, así, a la Metafísica, en el pensamiento actual, es transformarse en hermenéutica: la verdad resulta incapaz de trascender los límites del espacio y del tiempo y se transforma en «mi verdad» o, a lo sumo, «nuestra verdad». El escepticismo o sus formas mitigadas (más “sensatas” y “humanas”) de subjetivismo y relativismo, junto con el cientificismo, se han acabado imponiendo como fruto maduro de una razón que, en la modernidad, nació con grandes promesas y ha acabado siendo engullida por su propio criticismo, renunciando a sus aspiraciones y transformándose en pura razón instrumental.

Con toda justicia, nuestro tiempo se ha empeñado en infligir un duro castigo a esta razón moderna, pero no ha sido demasiado cuidadoso y corre el peligro de llevarse por delante a la razón, sin adjetivos. Me temo que, de hecho, la razón dice hoy muy poco no sólo como instancia especulativa sino también como tribunal práctico. Ahora bien, arrinconada la razón, al hombre actual sólo le quedan como patrones naturales de conducta el instinto y el sentimiento. Entonces, la vida se reduce a la búsqueda de un «no sé qué» que le haga a uno «sentirse bien». Se trata de vivir el momento apasionadamente, exprimiéndolo hasta la última gota, y liberando una espontaneidad puramente instintiva.

¿No hay límites a esta descarga natural de las apetencias? Sí, sí lo hay. El hombre actual no admite la existencia de normas morales universales y objetivas, también los principios morales son relativos y subjetivos, pero sí reconoce un límite objetivo: el otro, la libertad del otro. Mi libertad, oímos una y otra vez, termina donde comienza la de los demás. Este es el orden en el que surge la única moral admisible. Es un reconocimiento digno y realista que va acompañado, sin embargo, de una concepción de la libertad muy particular, puramente formal: casi lo invade todo y tiene multitud de manifestaciones, pero carece de contenidos normativos objetivos y de validez universal que la regulen.

Aquí está el peligro: buscando alcanzar una autonomía total, no pocas veces se desemboca en el libertarismo y en un rechazo general de cualquier forma o principio de autoridad sin el que la educación se hace imposible. Me parece que, lamentablemente, nos encontramos en una situación muy parecida a esta. Entonces, aunque uno se proponga honestamente respetar al otro en su «parcela de dominio», tenderá a interpretarlo –tarde o temprano- como una amenaza para la propia. Así consideran hoy muchos a Dios y a la

sociedad, también a las esferas educativas, como límites que coartan su libertad. Si todavía no se ha extendido esta interpretación respecto de los demás seres humanos, lo cierto es que gran parte de la indiferencia o de la desconfianza con las que enfocamos nuestras relaciones sociales quizás dependa de este modo de concebir la libertad.

A pesar de esta persecución de la felicidad, identificada con una libertad que se concibe como autonomía absoluta, no parece que el hombre actual haya alcanzado su propósito. Más bien, se nos presenta muchas veces desesperanzado y resignado a su suerte, apático y desmotivado, incapaz de reaccionar cuando su ánimo decae por algún contratiempo imprevisto o cuando sus apetencias chocan con obstáculos insuperables. De hecho, otra de las características que pueden definir la fisonomía espiritual del hombre de hoy es su escasa fuerza de voluntad. No es únicamente una cuestión de falta de motivación, hay también una ausencia palpable de hábitos de la voluntad que favorece la inconstancia en las decisiones y los comportamientos. Por eso, no es raro encontrar flagrantes fenómenos de incoherencia a los que, sin embargo, se adapta con increíble ductilidad: el hombre de nuestra civilización vive en la incoherencia con la misma facilidad con la que se halla instalado en la superficialidad y la trivialidad.

Las dificultades para el autodomínio que hemos descrito en el plano de las tendencias, acechan también, por último, en el orden afectivo. Es verdad que el hombre de nuestros días ha contribuido a recuperar el crédito de los afectos. Durante siglos la esfera afectiva ha sido sometida por la razón o por la voluntad, y condenada por su supuesto carácter irracional o pasional. En el mejor de los casos, desempeñaba una función importante en el mundo del arte. Hoy, el «corazón» ha pasado a ocupar un lugar eminente dentro de lo humano, pero me temo que todavía no hemos sido capaces de encontrar el puesto que por su verdadera naturaleza y significación le corresponde. El “corazón” es muy importante, sí, pero —como la razón y la voluntad— también está expuesto a perversiones y desviaciones. Si antes estas se orientaban hacia la atrofia, lo que ocurre ahora es exactamente lo contrario: se tiende a la hipertrofia afectiva, al dominio aberrante del corazón sobre el intelecto y la voluntad, o a considerarle como la única guía digna, fiable y auténtica?

El hombre actual considera que lo importante es tener “buenos sentimientos”, hasta el punto de que la educación moral a menudo se reduce al cultivo de aquellos. ¿Cuáles son esos “buenos sentimientos”? El criterio de bondad se establece desde una perspectiva filantrópica y naturalista: solidaridad con el tercer mundo, con el necesitado o con el que se encuentre en una situación dolorosa por cualquier causa, rechazo de la discriminación y la injusticia, respeto y cuidado de la naturaleza, preocupación por el medio ambiente etc., Son sentimientos efectivamente nobles referidos a realidades valiosas, pero rara vez se conoce el fundamento de este valor. Lo que esto quiere decir es que su interiorización se ha producido por una vía pura y simplemente sentimental. Tiene su lógica, aunque sea posmoderna: una razón que ha renegado de sí misma entregándose en brazos del escepticismo difícilmente podrá establecer fundamentos sólidos de nada. No queda más remedio que acudir al corazón y el hombre actual lo hace complacientemente. El problema es que aunque el corazón tenga razones que la razón no conozca, ni el hombre es sólo corazón ni puede ser feliz sometido a su tiranía. La voluntad necesita motivos para actuar, incluso motivos a largo plazo, que la inmediatez del emotivismo o del sentimentalismo no nos pueden proporcionar¹⁰. De ahí, me parece a mí, derivan las grandes dificultades que tiene el hombre de hoy para establecer compromisos fuertes y duraderos, para mantenerse en el puesto incluso en circunstancias difíciles: no se siente seguro de sí mismo, no sabe si podrá seguir fiel a ellos, desconfía de sí porque desconoce si sus sentimientos (su verdadero motor) seguirán siendo los mismos en un futuro o lo suficientemente fuertes para seguir impulsándole.

En síntesis, lo que podríamos llamar «prototipo» de hombre actual se caracteriza por ~~un pensamiento débil, una voluntad frágil y sentimientos nobles pero de poca raíz.~~ Se encuentra amenazado por contradicciones y conflictos (entre el pensamiento y la vida, la teoría y la praxis exigida por la conciencia moral, entre los ideales y la cotidianidad) que le acaban sumiendo en el desconcierto y en una indefinida insatisfacción sólo compensada por efímeros momentos emotivos de «alegre» aceptación de la finitud. Es una situación, en todo caso, que no termina de llenarle y que no responde a sus inquietudes y aspiraciones más profundas. ¿Por qué? Porque, en realidad, “los desequilibrios que fatigan al hombre de hoy están conectados con otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el

corazón humano”, el desequilibrio que tiene que ver con la ausencia de respuestas a preguntas tales como “¿qué es el hombre?, ¿cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía?, (...) ¿qué hay después de esta vida temporal?”¹¹. Una respuesta convincente a estas cuestiones metafísicas es lo que el ser humano siempre ha demandado y demandará. El hombre actual no es una excepción sino, más bien, un caso paradigmático. Pero, si es así, la situación se torna, entonces, enormemente compleja: el hombre no puede ser feliz sin respuestas a sus preguntas fundamentales pero, a la vez, se muestra crítico y desconfiado con cualquier intento de esbozar una cosmovisión. Hasta los humanismos, en cuanto que proponen algún tipo de ideal humano universalista, están bajo sospecha y en retirada.

Una educación capaz de reconducir la situación y contribuir a que el hombre se desarrolle de un modo pleno, necesariamente pasará por una concepción equilibrada del hombre; en el fondo, por tanto, por una “renovación de la metafísica y de la moral”¹². Como ha dicho también el propio Maritain, “el problema crucial con el que se enfrenta nuestro sistema educativo no es un problema de educación, sino un problema de civilización”¹³. Voy a terminar esta comunicación apuntando las líneas por las cuales pasa, en mi opinión, esta renovación, atendiendo a lo que hemos llamado dimensiones estructurales del hombre.

En el orden intelectual, nuestro tiempo está fuertemente influido por el subjetivismo y el cientificismo. El primero intenta imponer sobre la realidad la medida del sujeto humano; el segundo, aplicarle el canon de la ciencia positiva. Ambos, acaban siendo fuente de escepticismo, de distanciamiento y división entre los diversos niveles de realidad y de conocimiento, o de reducción de unos a otros: sujeto-objeto, espíritu-materia, natural-sobrenatural, hombre-Dios, individuo-sociedad, hombre-naturaleza, filosofía-ciencia, teoría-praxis...; los abismos son a veces tan inmensos entre estas diferentes dimensiones, que resultan insalvables. Entonces, las relaciones entre unas y otras fácilmente se limitan a oposición y dominación, no se establecen por cauces de respeto y encuentro. La consecuencia última es que, donde debía haber armonía y equilibrio, hay conflicto y dualismo irreconciliable. Hay que contribuir a una liberación de la que la inteligencia desencarnada y fría de la modernidad, y la inteligencia débil de nuestra era posmoderna

están muy necesitadas: sólo entonces, en imbricación vital con las facultades sensitivas, apetitivas y afectivas, la inteligencia humana será capaz de captar la resonancia profunda de la realidad del ser, connaturalizándose con ella.

En el orden tendencial, la libertad se ha presentado al hombre durante la Edad Moderna como el gran anhelo, la gran aspiración. Toda la dialéctica del humanismo moderno giraba en torno al deseo de autonomía y emancipación del individuo frente al mundo, frente a la sociedad y frente a Dios. Era la gran esperanza “secularizada”, reducida a pura inmanencia. Hoy en día, sigue siendo el valor más defendido y promovido. Sin embargo, esta esperanza se ve constantemente amenazada y no pocas veces defraudada. Nos hemos encontrado con que las grandes expectativas humanas no se han visto cumplidas, o, si se han cumplido, no han satisfecho tanto como se esperaba. El hombre actual, el hombre del bienestar hedonista y del consumo acelerado, del a-moralismo permisivista o de la moral de consenso, el hombre liberado de las ataduras de la disciplina, de la autoridad y de la heteronomía opresora, no se siente, al fin, ni tan libre ni tan feliz como debería. Y es que no basta con querer ser libre: la libertad es un don, pero también es fruto de una conquista que exige dedicación, esfuerzo, coraje y, sobre todo, lucidez para identificar a los verdaderos enemigos. De lo que se trata, sobre todo, es de romper “cadenas” interiores, que son las que más nos atenazan: el ansia cada vez más intensa de poder, propiedad y consumo, la concupiscencia y la vanidad, tristezas y miedos. No es fácil. Esta liberación no surge espontáneamente, requiere del ejercicio de la renuncia y la ascesis. Y, por otra parte, el dominio de sí no garantiza que la libertad se oriente a un buen fin y tenga un contenido valioso. La libertad no es autosuficiente, no tiene su razón de ser en sí misma, de otro modo su reducción a pura espontaneidad y energía autodeterminante bastaría, daría igual obrar en un sentido o en otro pues el puro ejercicio de esa libertad formal dotaría de valor a lo elegido. La libertad debe hacer referencia a la verdad y al ser, y es inseparable del bien y del amor.

En el orden afectivo, por fin, poco a poco nuestra época ha ido recuperando terreno para lo que D. Von Hildebrand ha llamado “afectividad tierna”, frente al no hace mucho abrumador dominio de la “afectividad enérgica”. “Se nos manifiesta –dice- en el amor en todas sus formas: amor paternal y filial, amistad, amor fraterno, conyugal y amor del

prójimo. Se muestra al “conmoverse”, en el entusiasmo, en la tristeza profunda y auténtica, en la gratitud, en las lágrimas de grata alegría o en la contrición. Es el tipo de afectividad que incluye la capacidad para una noble rendición y en la que está implicado el corazón”¹⁴. Es verdad. El “corazón” ocupa hoy, al menos teóricamente, un lugar primordial entre las dimensiones humanas, en detrimento del dinamismo temperamental fuerte y ambicioso. Sin embargo, eso no implica que este tipo de afectividad esté libre de posibles desviaciones como el sentimentalismo o la hipertrofia del corazón. ¿Cómo evitarlas? ¿Qué criterio marca el equilibrio de la afectividad? “La verdadera afectividad implica (...) que una actitud se adecua a la verdadera naturaleza, tema y valor del objeto al que se refiere (...). El hombre verdaderamente afectivo, el hombre con un corazón alerta es, precisamente, quien se da cuenta de que lo que importa es la situación objetiva, es decir, si hay motivos para alegrarse o sentirse feliz. Precisamente cuando se toma en serio la situación objetiva, cuando se busca conocer si la situación objetiva reclama felicidad, alegría o dolor es cuando tienen lugar las experiencias afectivas sobreabundantemente espirituales”¹⁵.

Me temo que buena parte del torrente de afectividad que recorre nuestro mundo occidental no cumple esta condición: la esfera afectiva suele estar marcada, en el hombre actual, por el subjetivismo, por la desproporción, por la descarga muchas veces exagerada y fuera de lugar de sentimientos y emociones. Su “corazón” no está bien arraigado en la realidad. Si este diagnóstico es correcto, la situación sería preocupante pues el “corazón” representa, en muchos aspectos, el verdadero núcleo de la persona, el yo real. En el ámbito del amor humano o en la búsqueda de la felicidad, por ejemplo, el “corazón” cuenta más que la inteligencia o la voluntad: no nos basta con querer ser felices o constatar que tenemos razones para serlo, necesitamos experimentarlo. Además, aunque la hipertrofia afectiva probablemente facilita la multiplicación de las relaciones humanas, devalúa su calidad. Nos encontramos así con que al hombre de hoy le resulta enormemente costoso establecer lazos de verdadera profundidad que supongan, de algún modo, un compromiso más o menos estable. Aquí influyen, ciertamente, muchos otros factores: la actitud de permanente desconfianza y sospecha que algunos pensadores han inoculado en la cultura contemporánea y en la mentalidad del hombre, el antagonismo entre conciencias y voluntades que se ha impuesto como esquema en las relaciones laborales y sociales, la

invasión de la vida personal por parte de los medios de comunicación de masas, la inversión de valores que el individualismo burgués ha provocado al poner como fin primario de la existencia la búsqueda del bienestar material y el placer físico, la reducción de la categoría de lo "valioso" a lo "útil" que nuestra civilización científico-técnica ha propagado etc. Por unas u otras razones, el caso es que las relaciones humanas se hallan afectadas por lo que se suele llamar «crisis de comunicación». Es una crisis general, quiero decir que alcanza todas las dimensiones relacionales del hombre: su relación con Dios, su relación con los demás, su relación con el mundo y las cosas, y hasta su relación consigo mismo. Pero lo más importante desde el punto de vista educativo es que, en estas circunstancias, difícilmente se puede lograr la armonía necesaria para que el ser humano se desarrolle en plenitud y viva su existencia con dicha.

Si, como ha dicho Maritain, liberar al hombre es, en última instancia, el fin primario de la educación, esa libertad que se nos presenta, a la vez, como reto y como aspiración, supone también la posibilidad de encauzar nuestros propios sentimientos y fomentar aquellos que nos ayuden a vivir de forma más humana. Educar los sentimientos supone, en definitiva, inducir a que el hombre se goce y alegre con la verdad, con el bien y la belleza, y a responder a ellos de un modo equilibrado y proporcionado con el carácter análogo de aquellos. Pero para ello, es absolutamente imprescindible una justa concepción del hombre, de sus facultades y de sus dimensiones estructurales. En palabras y terminología de nuestro autor: "pensamos que la inteligencia es en sí misma más noble que la voluntad porque su actividad es más inmaterial y más universal. Pero pensamos también que, en lo concerniente a las cosas u objetos mismos sobre los que versan nuestras actividades, es mejor querer y amar el bien que simplemente conocerlo. Además, el hombre es bueno y recto cuando su voluntad es buena y no por su inteligencia, por perfecta que esta sea. Este involucramiento mutuo de inteligencia y voluntad se encuentra en la educación (tomada en su sentido más amplio). La completa educación del ser humano debe hacer avanzar hacia su perfección a la inteligencia y a la voluntad a la vez"¹⁶.

NOTAS

¹ Jacques MARITAIN, *Pour une philosophie de l'éducation*, en *Oeuvres complètes de Jacques et Raïssa Maritain*, Vol. VII, pág. 779. (Fribourg, Études Universitaires, 1988). Esta definición, obviamente, no implica rechazar la función de capacitación profesional que, al menos a largo plazo, la educación también ha de cumplir. "El aspecto utilitario de la educación, que capacita al niño para ejercer más tarde un oficio y ganarse la vida, -ha dicho también Maritain-, no debe ser desdeñado... Pero el mejor medio de obtener este resultado práctico es desarrollar las capacidades humanas en toda su amplitud. Y los estudios especializados que sean necesarios ulteriormente nunca deberán poner en peligro el fin esencial de la educación" (Ibidem., pp. 779-780).

² Ibidem., pág. 780.

³ Ibidem., pág. 784.

⁴ Ibidem., pp. 785-786.

⁵ Ibidem., pp. 873-874.

⁶ Ibidem., pág. 771.

⁷ Ibidem., pp. 791-792.

⁸ Ibidem., pág. 793.

⁹ Cfr. Dietrich VON HILDEBRAND, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*. Madrid, Eds. Palabra, 1996, pp. 139-140.

¹⁰ Como ha dicho Ildelfonso MURILLO, "muchas veces, algunos sentimientos (compasión, simpatía, ternura...) han desencadenado decisiones a favor de comportamientos humanitarios. Pero un auténtico comportamiento moral exige que le preceda y acompañe una decisión racional, en la que suele intervenir una motivación (fundamentación) filosófica o religiosa" ("Sentimientos y comportamientos humanitarios", en *Sentimientos y comportamiento*, pág. 280. Jacinto Choza (ed), Murcia, Fundación Universitaria San Antonio, 2003).

¹¹ *Gaudium et spes*, en *Vaticano II. Documentos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1986, pp. 204-205.

¹² Jacques MARITAIN, "L'éducation au bien-vivre", en *Oeuvres complètes de Jacques et Raïssa Maritain*, Vol. VIII, pp. 1017-1018. Fribourg, Études Universitaires, 1989.

¹³ Jacques MARITAIN, *Pour une philosophie de l'éducation*, op. cit., pág. 938.

¹⁴ *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, op. cit., pp. 93-94.

¹⁵ Ibidem, pp. 99-100.

¹⁶ Jacques MARITAIN, *Pour une philosophie de l'éducation*, op. cit., pág. 793.

(COMUNICACIÓN DIRIGIDA AL BLOQUE TEMÁTICO “ÁMBITO DE
FUNDAMENTACIÓN ANTROPOLÓGICO”)

EDUCACIÓN Y SENTIMIENTOS EN CLAVE MORAL A LA LUZ DE LA
FILOSOFÍA DE JACQUES MARITAIN: UNA APLICACIÓN ACTUAL

(Juan Jesús Álvarez Álvarez.- Universidad Francisco de Vitoria)

(RESUMEN)

La filosofía maritainiana de la educación tiene un carácter marcadamente humanista y personalista, y un sentido eminentemente moral: personalista, porque gira alrededor de una concepción que tiene a la persona (considerada en la integridad de sus facultades y dimensiones) como eje central; moral, porque tanto por su finalidad como por su estatuto como saber, la educación pertenece a ese dominio y puede ser definida como “arte moral”.

Esta primacía de la moralidad, de la virtud y de la generosidad en la formación del hombre está presente y ha sido bien vista por las corrientes educativas que promueven como objetivo fundamental de la educación la libre expansión de las potencialidades naturales del ser humano, pero no parece que sus frutos estén resultando satisfactorios. El planteamiento maritainiano nos ayuda en el diagnóstico: el problema de buena parte de la educación actual no radica en el orden pedagógico sino en el antropológico.

De hecho, la fisonomía espiritual del hombre actual se caracteriza –“grosso modo”- por un pensamiento débil, una voluntad frágil y sentimientos nobles pero de poca raíz, muy al estilo de la posmodernidad. Olvida esta, sin embargo, que el desconcierto y la insatisfacción en la que este hombre actual está sumido derivan de la ausencia de una respuesta convincente a preguntas que, en realidad, son de rango metafísico. Una educación capaz de ayudar a reconducir la situación y contribuir a que el hombre se desarrolle de un modo pleno, necesariamente pasará por una concepción equilibrada del ser humano; en el fondo, por tanto, por una renovación de la metafísica y de la moral en la que la educación de la inteligencia y de la voluntad; o, si se quiere, de los órdenes intelectual, tendencial y afectivo, sobre todo este último, se integre en armonía con las inquietudes y aspiraciones más profundas del hombre.